

EL BOSQUE DORADO

José María Izquierdo

M Ø R K E L Y S
VALENCIA 1989



José María Izquierdo (Valencia, 1954). "Tensión de Alumbramiento", "Hamnøy" y "Rumbo Pánico, él". Fundador de la revista literaria "Quervo Poesía". Actualmente reside en Oslo.

Mørkelys, Valencia 1989

Fotocompone: J.J. Brotons. Matías Perelló, 53-10ª Valencia

Imprime: Ocmo. Salvador Pau, 38 - 46012 Valencia

Depósito Legal: V-175-1989



DEDICATORIA

Denne boka er tilegnet Åse Johnsen og Stig, Sissel Vollan, Åge Pettersen, Jan Reynolds og Bente, Jon Gulowsen, Gunnhild Aasmo, Finn og Ingebjørg Skjær, Kirsten Fuglestued, Kaja Schiøtz og alle lærerne ved Institutt for norsk som fremmedspråk, særlig Kirsti MacDonald, Tonne Gedde og Elisabeth Selj, og deg Bamsito. También está dedicado a Javier García y José Luis Falcó, valencianos emboscados en la claridad del Mediterráneo.

Oslo, enero de 1989



"Nubes lucida obumbravit"
*Mateo, XVII, 5 **

** Una nube resplandeciente les cubría*



Verde y rojo. Ocre y amarillo. Naranja y gris. La luz que se filtra entre los, a cada instante, más extensos huecos de la elevada espesura. El perenne verde, el eterno verde de los, a pesar de todo, cambiantes abetos, el alto verde de los pinos como testimonio de los años de la antigua edad del hielo, y la suave lluvia de las hojas desprendidas por un viento acuciante, del alba o de la tarde. El cielo entretejido, y la fina humedad de tanto lago, río, mar y fiordo evaporado. A lo lejos un cercano ruido de cuervos, mirlos y grajos, y el ladrido de los zorros, el color en movimiento, la belleza de un instante. Y en el lindero de lo oscuro el posible alce, el proba-



ble ciervo, la esperada mofeta o el aleteo cetrero de algún halcón peregrino. Y yo aquí, en esta cabaña que amo, mientras todo a mi alrededor, y aún yo mismo, se transforma con la lentitud necesaria del tiempo natural, del reloj de los planetas. Pronto las aves anunciarán un presentimiento. Dentro de una semana a lo sumo, musgos, líquenes y hongos nos relatarán su historia de color y tras ellos el arce, los abedules, los castaños y algún solitario roble. Porque es el tiempo de la luz, su dorada hora antes de sumirse en el letargo. Y yo lo observo expectante pero ajeno a su partida, extraño ante un fenómeno que me asalta cada septiembre, cada octubre, sin poder participar en él. Solo, con mi pasiva melancolía de mirón en la cabaña, de paseante en el camino, de explorador en la dificultad del bosque. De este bosque que lo llena todo. Y en el horizonte se perfila de nuevo una lenta transformación, ya no están aquellos muros verdes del verano, ya no habitan en los lagos

la aves acuáticas, ya vuelan los gorriones de este año, y los vencejos, y las asesinas urracas y esos cuervos. Porque las tormentas lo iniciaron todo. Las lluvias de septiembre, el viento venido de Gudbrandsdalen, del Mjøsa y las frías noches estrelladas de Snertingdalen. Pero sobre todo las tormentas, su luz, su deslumbradora luz nocturna en la mañana, en la tarde, en la ajena vida de los valles. Y yo estoy aquí sin poder hacer nada, sin querer hacer nada, mientras poco a poco todo cambia en mi frontera llenándome del dulce aroma del otoño. Y el bosque, verde hace sólo unos días, se transforma en oro jaspeado de rojos, y la luz aniquila el blanquecino verde de los abedules con su amarillo de miedo, y la fina niebla enrojece las setas convirtiendo en naranja lo que fue blanco y hace rojo lo que fue blanco y pinta de ocre lo que fue blanco. Aquellos verdes musgos del verano son hoy oro, como tras el invierno nacerán plata. Y yo sufro la proximidad del invierno y enciendo,

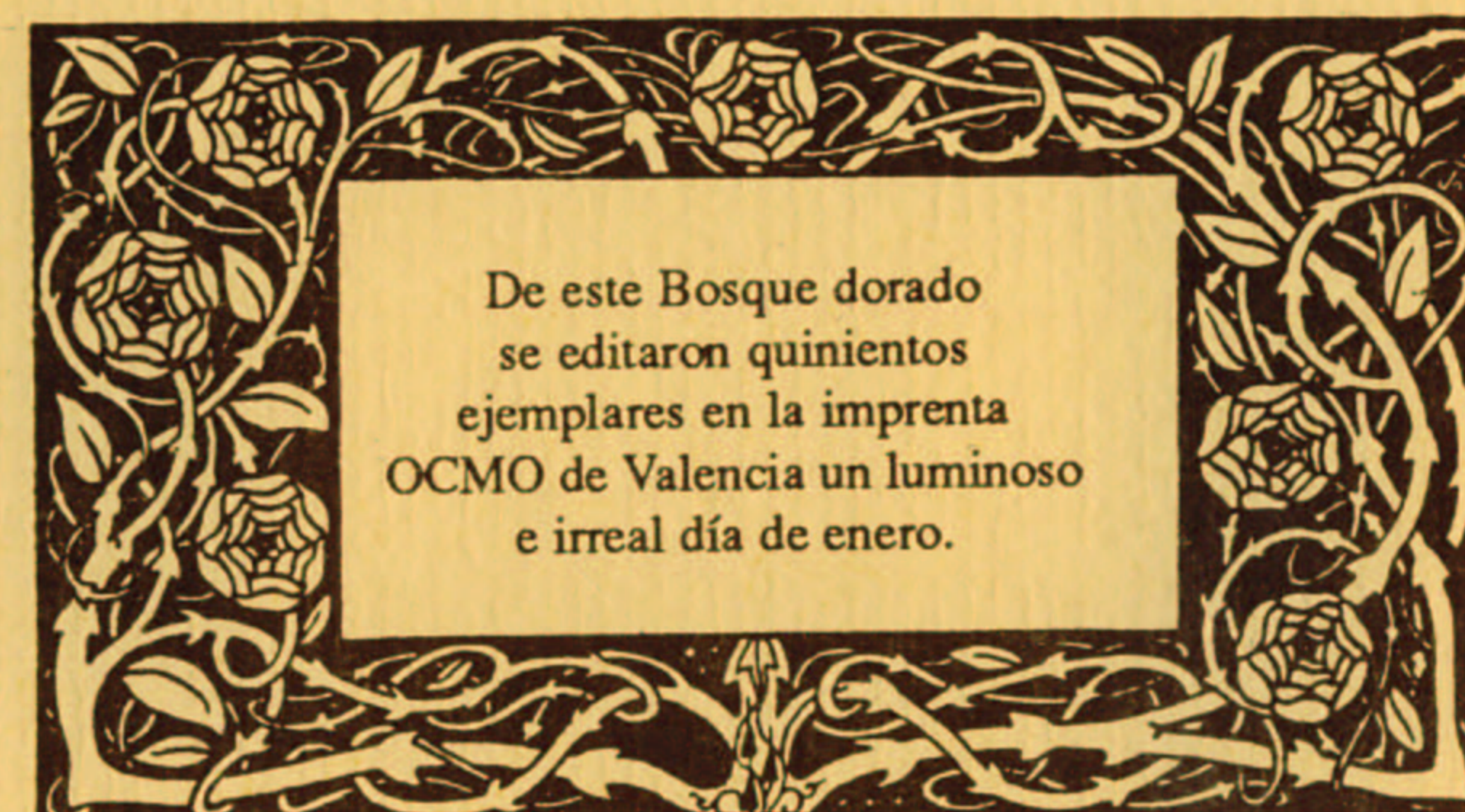
con leña de abedul y con esta tan aromática, la estufa de Nybakk, la especial cabaña de Snertingdalen que ella, —tú—, la tejedora, supo mostrarme. Pero las tormentas retornan y el tiempo se acelera en los límites marcados por el momento eterno de las estrellas, y donde ayer estaba Venus en la noche, —porque renació la noche—, aparece lo oscuro. Y donde imaginábamos a Saturno —¿recuerdas?— aparece ahora lo oscuro y allí, el vuelo de Júpiter o el incendio de Mercurio están ocupados por un algo también oscuro. Y todo es Vía Láctea. Y te llamo y te digo que ha caído una estrella y tú me dices que pida un deseo, sin saber, quizás, que tú eres el deseo. Y yo estoy ahora solo y quieto tras un largo día de despedidas y traducciones, y tú paseando por el campo con el gato, el peludo, y yo me desespero. Porque todo me desespera, porque los mundos —ajenos a tí o a mí pero que todo lo cubren— no se unen jamás, porque los planos son paralelos. Y decidimos ir al lago a buscar

moras árticas, a llenarnos del barro otoñal de sus orillas y ribazos, a ver saltar las truchas, a soñar con casitas en algún setter de las montañas, a poetizar proyectos llenos de materia intangible, repletos de tí y de mí, a pensar en loterías y quinielas. Y tú me dices que has visto un alce y yo que dos, que doscientos. Y yo te digo que he de coger una señal de tráfico de las de “peligro alce” para soñar con ellos en El Saler y tú me cuentas una larga historia infantil. Y pasan los días en nuestro bosque dorado. Y el peludo salta por los campos de heno con su rabo de ardilla y su lealtad de insumiso. Y vivimos con el sueño de los mitos, del muérdago. Y yo te cuento una historia celta y tú la misma historia normanda y yo te hablo de los sufíes y de tanto sofista ibérico y tú me coges la mano y recorremos con la vista los cambios en el límite de nuestra particular selva dorada. Pero ayer ya es hoy y mañana nunca y ya veo las luces de las granjas del sur y la cabaña

vecina porque todo se desploma, porque solamente resisten los ástiles de flecha, las puntas de flecha, las flechas sin arco de los verdes miedos. Y te cuento un cuento y tú te ríes. Y yo te digo que fue verdad y tú que es mentira. Y mientras, en la biblioteca, sólo muerte, sólo sangre, sólo fuegos apagados me aguardan. ¡Ay, amor! Y todo se desploma con el ligero aroma del fresco viento de octubre y tú me coges la mano y yo te acaricio la frente y tú te coges a mi mano y yo me acaricio en tu frente y así pasamos los días en nuestro bosque dorado.

"He meditado mucho tiempo sobre esto y presumo que él conoce el texto originario, del que todos los lenguajes humanos y animales son sólo traducciones o versiones. Así también el susurro de los bosques y el rumor de las fuentes; el alma de las plantas sigue siendo la más cercana al mundo divino. Convencen como parábolas."

E. Jünger, Aladins Problem.



De este Bosque dorado
se editaron quinientos
ejemplares en la imprenta
OCMO de Valencia un luminoso
e irreal día de enero.